

**EL ASESINATO
DE LADY GREGOR**

ANTHONY WYNNE

EL ASESINATO DE LADY GREGOR

Un misterio escocés

.....

Con una introducción de Martin Edwards

Traducción de Rosa Pérez



Duomo ediciones

Barcelona, 2023

Título original: *Murder of a Lady*

Publicada en 2016 por The British Library, 96 Euston Road Londres
NW1 2dB y, originalmente, por Hutchinson en 1931

© de la introducción, 2016, Martin Edwards

© de la traducción, 2023 de Rosa Pérez Pérez

© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19521-13-2

Código IBIC: FA

DL: B 5.298-2023

Diseño de interiores y composición:

Emma Camacho

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

| | |
|--|-----|
| Introducción | 9 |
| 1. Asesinato en el castillo de Duchlan | 13 |
| 2. Una escama de pescado | 15 |
| 3. Hermanos | 23 |
| 4. El inspector Dundas | 34 |
| 5. Un ruido en el agua | 40 |
| 6. Oonagh Gregor | 48 |
| 7. Como si hubiera visto un fantasma | 56 |
| 8. Marido y mujer | 62 |
| 9. La ola de calor | 65 |
| 10. Todo un honor para Duchlan | 79 |
| 11. La magia de los lazos familiares | 90 |
| 12. El segundo asesinato | 99 |
| 13. «Sobre esta casa pesa una maldición» | 115 |
| 14. Una omisión extraña | 119 |
| 15. La verdadera enemiga | 126 |
| 16. El inspector Barley | 134 |
| 17. «¡Qué gran actriz!» | 143 |
| 18. Encuentros clandestinos | 154 |
| 19. Acusación | 161 |
| 20. Eoghan se explica | 168 |
| 21. Evitar el patíbulo | 174 |

| | |
|---|-----|
| 22. Tortura | 185 |
| 23. Pisadas | 195 |
| 24. Por la ventana | 204 |
| 25. Un proceso de eliminación | 214 |
| 26. El gato escaldado | 222 |
| 27. De hombre a hombre | 229 |
| 28. «¿Listo?» | 239 |
| 29. Dolor de oídos | 242 |
| 30. El brillo de un puñal | 250 |
| 31. El asesino invisible | 253 |
| 32. Madre e hijo | 260 |
| 33. El nadador | 274 |
| 34. «Algo pasa» | 281 |
| 35. Un frío mortal | 284 |
| 36. La máscara | 292 |
| 37. El retorno del nadador | 300 |
| 38. El rostro en el agua | 303 |
| 39. El doctor Hailey revela el misterio | 306 |
| 40. Epílogo | 314 |

Introducción

El asesinato de Lady Gregor, publicado por primera vez en 1931, es un magnífico ejemplo de misterio del «crimen imposible», escrito por un maestro olvidado de esta ingeniosa clase de trama policíaca. Ambientada en la Escocia natal del autor, la historia tiene un comienzo trepidante cuando una noche, el fiscal hace una visita al coronel John MacCallien y a su invitado, el doctor Eustace Hailey. Les trae la noticia de que Mary Gregor ha muerto apuñalada en el cercano castillo de Duchlan: «Jamás había visto una herida tan espantosa». Han encontrado a la mujer muerta arrodillada junto a su cama, pero no hay ni rastro del arma homicida. La puerta de su habitación estaba cerrada con llave y todas las ventanas tenían el cerrojo echado.

A continuación, se produce otro asesinato y las sospechas recaen en un reducido elenco de sospechosos. Una pregunta intrigante es: ¿por qué se han encontrado escamas de arenque en las escenas del crimen? (En otra época, el libro tuvo otro título, *El misterio de la escama plateada*.) Por suerte, el doctor Hailey está especializado en resolver esta clase de enigmas, aunque opta por trabajar solo, aparte de la policía: «Soy un aficionado, no un profesional, y, cuando investigo un crimen, solo lo hago porque me interesa. [...] A menudo sigo una línea de investigación sin saber exactamente por qué: sería insoportable tener que explicar y justificar cada paso. [...] El

esclarecimiento de un crimen es, a mi juicio, un arte más que una ciencia, como la práctica de la medicina». Más adelante, añade: «Investigar crímenes es como mirar un rompecabezas. La solución está ahí, ante nuestros ojos, pero no la vemos [...] porque algún detalle, más llamativo que los demás, nos impide enfocar la mirada en el detalle que verdaderamente importa».

Hailey es, en otras palabras, el arquetipo del «gran detective» que gozó de tanta popularidad durante la «edad de oro de la ficción policíaca» en el período de entreguerras. Anthony Wynne, su creador, escribió un ensayo sobre su detective para un libro titulado *Meet the Detectives* [Conozca a los detectives], publicado cuatro años después de *El asesinato de Lady Gregor*, en el que Hailey opina que «los crímenes más interesantes son los que cometen los individuos que, en circunstancias ordinarias, llevan una vida impoluta». Hailey «nunca culpa al criminal hasta el punto de no poder ver y sentir su tragedia». Sostiene que la psicología del criminal es clave: «casi siempre llego a la verdad de manera indirecta mediante la comprensión de las tensiones específicas a las que estaba sometido justo antes de cometer el crimen».

Hailey y su creador fueron admirados en su día y Dorothy L. Sayers se encontró entre los críticos que escribieron reseñas favorables: «El señor Anthony Wynne descuello en la resolución de problemas que parecen irresolubles». Hailey apareció por primera vez a mediados de los años veinte y su carrera duró hasta 1950, pero, para entonces, los gustos de los lectores estaban cambiando y las novelas policíacas minuciosamente urdidas ya no estaban de moda, a menos que las escribiera Agatha Christie. El difunto Robert Adey, autor del fundamental estudio titulado *Locked Room Murders*, enumera no menos de treinta y tres libros y relatos escritos por Wynne que presentan elementos del «crimen imposible». Como él apunta,

Wynne «pronto se impuso como el campeón de [una] forma de crimen imposible: las muertes provocadas por un agente invisible. Una y otra vez, enfrentaba a su [...] detective a situaciones en las que la víctima era asesinada, sola, a la vista de testigos incapaces de explicar cómo podía haberse asestado el golpe en un espacio cerrado».

Por supuesto, hay un claro contraste entre esta clase de trama compleja y entretenida y el estudio de la psicología del criminal, y Wynne se centraba más en la trama que en el perfil del asesino. No condimentaba sus libros con tantos detalles macabros ni tanto humor mordaz como hacía John Dickson Carr, el novelista estadounidense comúnmente considerado el mejor especialista en misterios de habitaciones cerradas, y eso puede contribuir a explicar por qué su obra ha caído en el olvido. Pero sus mejores libros continúan siendo atractivos para los lectores que disfrutan con un misterio urdido con habilidad.

Anthony Wynne era el seudónimo de Robert McNair Wilson (1882-1963), un médico nacido en Glasgow que se especializó en cardiología después de trabajar como ayudante para sir James Mackenzie, cuya biografía escribió. McNair Wilson publicó artículos sobre una diversidad de temas científicos y médicos, así como sobre temas históricos, especialmente relacionados con la Revolución francesa. También lo fascinaba la política (a principios de los años veinte, se presentó dos veces, sin éxito, como candidato parlamentario por el Partido Liberal) y la economía. Su eskuela de *The Times* señalaba que «desarrolló un profundo interés por los problemas monetarios; durante un tiempo, dominaron su conversación y escribió varios libros cuestionando lo que, en su opinión, era el poder injustificable ejercido por los intereses pecuniarios». Entre ellos, estaba *Promise to Pay: An Inquiry into the Princi-*

ples and Practice of the Latter-day Magic Sometimes Called «High Finance» (1934).

McNair Wilson fue corresponsal médico de *The Times* durante casi treinta años y gozó de la admiración de lord Northcliffe, cuya biografía escribió; durante un tiempo, también estuvo encargado de escribir artículos de tono ligero e informal para otro periódico, el *Sunday Pictorial*. «Su mente inquieta y curiosa no podía estar atada a un solo tema durante mucho tiempo, por formidable e interesante que fuera —decía su esquel—». Escribir y conversar eran [...] sus principales placeres». Escribió poca ficción en las dos últimas décadas de su vida, pero me gusta pensar que le complacería saber que el resurgimiento en el siglo XXI del interés por la novela policíaca inglesa de entreguerras ha tenido como resultado la reaparición del doctor Hailey después de tantos años de silencio y la reedición de este complejo misterio como un clásico neocriminal de la British Library.

Martin Edwards

www.martinedwardsbooks.com

Asesinato en el castillo de Duchlan

El señor Leod McLeod, fiscal de Mid-Argyll, era conocido en todo el condado como «el monarca del valle», en alusión al imponente ciervo retratado de cuerpo entero en el óleo del mismo título. Era un sobrenombre merecido, aunque solo fuera por la forma y la postura de la cabeza y sus facciones distinguidas. Un puro escocés de las Tierras Altas, era majestuoso como una montaña, vehemente como una tempestad, inescrutable, teatral como un actor de comedia griega. Cuando a las diez de la noche irrumpió en el salón de fumar de Darroch Mor pasando por delante del mayordomo, incluso el doctor Eustace Hailley ahogó un grito de sorpresa, lo que regocijó a su anfitrión, el coronel John MacCallien.

—Caballeros, les pido disculpas por importunarlos a estas horas intempestivas.

El señor McLeod se inclinó mientras hablaba, como un arbolillo azotado por un huracán.

—¿No quiere sentarse?

—Gracias. Sí. Sí. Dios mío, ¿son las diez?

John MacCallien hizo una seña al mayordomo, que movió una mesa, provista de licoreras y sifones, para acercarla a su visitante. Lo invitó a servirse él mismo.

—Es usted muy amable. Bueno, bueno...

El señor McLeod se sirvió una cantidad de whisky que al

doctor Hailey le pareció considerable. Se lo bebió, sin diluir, de un solo trago. Un suspiro brotó de sus labios.

—Créanme, caballeros —dijo en tono solemne—. No son razones frívolas las que me han traído aquí. Me he enterado de que el doctor Hailey estaba de visita. Dada la gravedad del asunto y nuestra dificultad para obtener ayuda con premura, me ha parecido justificado pedirle que contribuya con su pericia.

Se removió inquieto en la silla mientras hablaba. El doctor Hailey se fijó en que tenía la frente húmeda.

—Ha habido un asesinato —refirió en voz baja—, en el castillo de Duchlan. Han asesinado a la señorita Mary Gregor.

—¿Cómo?

—Sí, coronel MacCallien, como lo oye. Asesinada, la pobre señora, anoche mientras dormía. —El fiscal alzó la mano en un gesto que expresaba condena además de horror.

—Pero eso es imposible. A Mary Gregor no se le conocían enemigos. —John MacCallien se volvió hacia el doctor Hailey—. Incluso los vagabundos y los gitanos se volvían para bendecirla cuando pasaba por su lado y con razón, porque ella los ayudaba siempre.

—Lo sé, coronel MacCallien, lo sé —convino McLeod—. ¿Hay alguien en Argyll que no lo sepa? Pero el hecho es que ahí está, asesinada en su cama. —Volvió a bajar la voz—. Jamás había visto una herida tan espantosa.

Una escama de pescado

El señor McLeod se enjugó la frente, pues era de las personas que se ponían a sudar enseguida. Las fosas nasales se le dilataron.

—No fue un cuchillo normal y corriente lo que infligió esa herida —declaró con voz ronca—. La carne está desgarrada. —Se volvió para dirigirse al doctor Hailey—: Han encontrado a la señorita Gregor arrodillada en el suelo junto a su cama. —Hizo una pausa; las mejillas le palidieron—. La puerta de la habitación estaba cerrada por dentro y todas las ventanas tenían el cerrojo echado.

—¿Cómo, una habitación cerrada? —exclamó John MacCallien.

—Exacto, coronel MacCallien. Nadie pudo haber entrado en la habitación ni nadie pudo haber salido. He inspeccionado las ventanas yo mismo, sí, y también la puerta. No hay manera de cerrar las ventanas desde el exterior. Ni de abrir la puerta desde el pasillo.

Negó con la cabeza y cerró los ojos, como si hubiera entrado en comunión con un poder superior. Al cabo de un momento, se volvió hacia el doctor Hailey:

—La herida está en el hombro izquierdo, cerca del cuello —explicó—. Por lo que he visto, tiene una profundidad de unos diez centímetros, un tajo que parece ser obra de un hacha. Pero lo raro es que, aparentemente, apenas sangró. El doctor

McDonald, de Ardmore, que ha examinado el cadáver, dice que cree que la muerte se debió a la impresión más que a la propia herida. Según parece, la señorita Gregor tenía el corazón delicado desde hacía años. Supongo que en ese caso no habría sangrado mucho, ¿no?

—Seguramente no.

—Hay un poco de sangre en el camisón, pero no mucha. No mucha. —El señor McLeod se sirvió otro whisky—. He llamado a la jefatura de policía de Glasgow —refirió—, pero, siendo domingo, no espero ver al inspector Dundas, que vendrá, hasta mañana por la mañana. Cuando me he enterado de que usted estaba de visita, me he dicho: «Si el doctor Hailey es tan amable de inspeccionar la habitación y el cadáver de inmediato, mañana tendremos por dónde empezar». —Se levantó mientras hablaba—: Hay un coche esperando en la puerta.

John MacCallien acompañó a su invitado al castillo de Duchlan.

Los recibió el hermano de la fallecida, el comandante Hamish Gregor, a quien el señor McLeod llamó «Duchlan». Duchlan parecía un águila vieja. Estrechó la mano del doctor Hailey con un vigor que lo sorprendió, pero no dijo una palabra. Luego se llevó a John MacCallien a una habitación contigua al recibidor mientras el señor McLeod conducía al médico a la primera planta.

—Quién sabe, puede que este golpe termine acabando también con él —susurró el fiscal a su compañero mientras subían por la escalera de madera de roble—. Duchlan y su hermana estaban muy unidos.

Llegaron al rellano, del que partían varios pasillos. Enfilaron uno hasta una puerta a la que habían serrado la cerradura. El señor McLeod se detuvo y se volvió hacia el médico.

—Esta es la habitación; no se ha tocado nada aparte de la

cerradura. Yo me he quedado muy impresionado cuando he entrado, así que más vale que se prepare.

Ante la seriedad de aquel escocés de las Tierras Altas, el doctor Hailey inclinó la cabeza con una circunspección que no revelaba nada. La puerta se abrió sin hacer ruido. El médico vio una mujer en camisón blanco arrodillada junto a una cama. La habitación estaba alumbrada por un quinqué que se encontraba en el tocador; las persianas estaban bajadas. La figura arrodillada junto a la cama tenía el cabello cano y reluciente a la luz del quinqué. Parecía que estuviera rezando.

Miró a su alrededor. Había dechados y labores enmarcados en las paredes, y muchos cuadros. Los muebles eran viejos y macizos: una enorme cama de madera de caoba con dosel; un lavamanos que parecía pensado para un gigante; un armario, tan imponente como un castillo feudal, y, diseminadas entre esas grandes bestias, mesitas y sillas con la tapicería descolorida que parecían cervatillos asustados.

Entró en la habitación y se detuvo delante de la mujer muerta. El señor McLeod no había exagerado; el arma le había atravesado la clavícula. Se agachó y retiró el camisón para ver la herida completa. Su expresión de lástima se trocó en sorpresa. Volvió la cabeza e hizo una seña al señor McLeod para que se acercara. Le señaló una pálida cicatriz en el pecho de la dama. Era casi paralela a la herida actual, pero estaba un poco más abajo y ligeramente a la derecha. Terminaba cerca del borde superior del corazón.

—Fíjese.

El señor McLeod miró la cicatriz y después negó con la cabeza.

—¿Qué significa? —preguntó en un susurro.

—Es una vieja cicatriz. Por lo que yo veo, significa que, hace mucho tiempo, la hirieron casi de tanta gravedad como anoche.

—¿No pudo ser una operación?

—No hay marcas de puntos. Esas cicatrices son permanentes.

El señor McLeod volvió a negar con la cabeza.

—No sabía que nadie hubiera herido a la señorita Gregor —declaró.

Observó al médico cuando acercó el monóculo a la cicatriz y lo movió a lo largo de ella. El sudor volvió a perlarle la frente. Cuando una lechuza pasó por delante de la ventana chillando, se sobresaltó con violencia.

—Esta vieja herida —anunció el doctor Hailey— se infligió con un arma afilada. Como puede ver, ha cicatrizado igual de bien que si la hubieran cosido. Mire lo fina y limpia que es. Un arma poco afilada habría desgarrado la carne y habría dejado una cicatriz con los bordes irregulares.

Señaló la herida nueva.

—Aquí tiene un ejemplo de lo que quiero decir. Esta herida se infligió con un arma roma. Sobre la marcha, diría que, hace mucho tiempo, alguien apuñaló a la señorita Gregor con la intención de asesinarla. Es típico de la gente poco instruida situar el corazón en la parte alta del pecho cuando, en realidad, se encuentra mucho más abajo.

Estaba agachado y en ese momento se enderezó. Su gran cabeza, que se hallaba en perfecta armonía con el resto de su cuerpo, se alzó por encima de la de su compañero. Cuando el señor McLeod lo miró, le recordó un dibujo de Goliat de Gat que lo había atormentado durante la infancia.

—No sabía que nadie hubiera intentado asesinar a la señorita Gregor —apuntó.

—Por lo que ha dicho de ella John MacCallien, imagino que sería la última persona en quitarse la vida.

—La última.

El médico volvió a inclinarse sobre la cicatriz.

—Las personas que se apuñalan a sí mismas lo hacen con una cuchillada directa y, por lo general, dejan una cicatriz corta —explicó—; en cambio, las que apuñalan a otras, asestan la cuchillada hacia abajo y suelen dejar una cicatriz más larga. Esta cicatriz, como ve, es larga. Y se ensancha a medida que desciende, justo lo que ocurre cuando el arma es un cuchillo.

Movió el monóculo a lo largo de la herida reciente.

—El golpe que la mató, por el contrario, se lo asestó con mucha violencia alguien que, en mi opinión, utilizó un arma con un mango largo. Un arma roma. El asesino estaba frente a su víctima, que murió de la impresión, porque, si el corazón hubiera seguido laténdole, la herida habría sangrado muchísimo.

La lechuza pasó por delante de la ventana una y otra vez. El señor McLeod se sobresaltó otra vez.

—Solo un loco puede haber asestado semejante golpe —declaró en tono vehemente.

—Es posible.

El doctor Hailey se sacó una sonda acanalada del bolsillo y examinó la herida. A continuación, encendió una linterna eléctrica y la dirigió a la cara de la anciana. Oyó el grito ahogado del señor McLeod. Había unas rayas rojas en la frente que indicaban que la señorita Gregor se había mojado los dedos en su propia sangre antes de morir. Se arrodilló y le cogió la mano derecha, que estaba tan crispada que tuvo que hacer fuerza para abrirla. Había mucha sangre en los dedos. Pareció desconcertado.

—Intentó arrancarse el arma —declaró—. Eso significa que no murió en el acto.

Miró los dedos de la mano izquierda; estaban limpios. Se enderezó y se volvió hacia su compañero.

—Tenía la mano izquierda inutilizada. Agarró el arma con la derecha y después se tocó la frente. Como hay poca hemorragia, el arma debió de quedársele clavada hasta después de que muriera. Quizá, antes de desplomarse, estaba intentando arrancársela. El asesino fue testigo de su agonía porque se llevó el arma.

El señor McLeod se había agarrado con manos temblorosas a la barandilla del pie de la cama.

—Sin duda. Sin duda —dijo—. Pero ¿cómo escapó de la habitación el asesino? Mire la puerta. Señaló la parte serrada de la recia madera de caoba—. Es infranqueable, y también lo son las ventanas.

El doctor Hailey asintió con la cabeza. Se dirigió a la ventana más próxima a la cama y recorrió la cortina. Luego la abrió. El frescor de la noche estival inundó la habitación junto con la luz de la luna. Encendió otra vez la linterna e inspeccionó el alféizar. Después, volvió a cerrar la ventana y miró el cerrojo.

—¿Dice que tenía el cerrojo echado?

—Sí. La otra ventana también. —El señor McLeod volvió a enjugarse la frente. Añadió—: Esta habitación está justo encima del despacho de Duchlan.

El doctor Hailey corrió varias veces el cerrojo. El resorte no era fuerte y parecía gastado.

—¿Dormía la señorita Gregor con las ventanas abiertas? —preguntó.

—Creo que con este calor sí. He constatado que las ventanas estaban abiertas anoche.

El médico dirigió la linterna al suelo bajo la ventana y de inmediato se agachó. Había gotas de sangre.

—Fíjese.

—¿Cree que la hirieron aquí? —preguntó el señor McLeod en un susurro.